

LUCAS 20,1-26

TEXTO

«²⁰Y sucedió uno de aquellos días, al enseñar **él al pueblo en el Templo**, es decir, al **evangelizar**, que **los sumos sacerdotes y los escribas con los ancianos** se presentaron ²y le hablaron diciendo a **él**: “Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? O ¿quién es el que te dio esta autoridad?”.

³Pero, respondiéndoles, les dijo: “Os preguntaré **yo** también una cuestión y decid**me**: ⁴El bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres?”.

⁵Pero ellos discurrían entre sí diciendo: “Si decimos que del cielo, dirá: ‘¿Por qué no *creísteis* en él?’. ⁶Pero si decimos que de los hombres, **todo el pueblo** nos lapidará, porque está persuadido de que Juan era un profeta”.

⁷Y respondieron no conocer de dónde [era].

⁸Y **Jesús** les dijo: “Tampoco **yo** os digo con qué autoridad hago estas cosas”.

⁹Pero comenzó a decir **al pueblo esta parábola**: “Un hombre plantó *una viña* y se la dio en arriendo a **unos labradores** y se ausentó durante mucho tiempo.

¹⁰Y a su debido tiempo, envió un siervo **a los labradores** para que le dieran el fruto de *la viña*. Pero **los labradores**, tras haberlo golpeado, lo reenviaron con las manos vacías.

¹¹Y se decidió a enviar otro siervo.

Pero ellos, tras golpearlo y deshonrarlo, lo reenviaron con las manos vacías.

¹²Y se decidió a enviar un tercero.

Pero ellos, después de haberlo herido, lo expulsaron.

¹³Pero el señor de *la viña* dijo: ‘¿Qué haré? Enviaré a mi hijo muy amado; posiblemente **lo respetarán**’.

¹⁴Pero, al verlo, **los labradores** discutieron entre ellos diciendo: ‘Este es **el heredero**; **matémoslo** para que sea nuestra la herencia’.

¹⁵Y, expulsándolo fuera de *la viña*, **lo mataron**.

Así pues, ¿qué les hará el señor de *la viña*? ¹⁶Vendrá y hará perecer a **los labradores** y dará *la viña* a otros”.

Pero, al escuchar [esto], dijeron: “¡De ninguna manera!”.

¹⁷Pero **él**, mirándolos fijamente, dijo: “¿Qué es, pues, lo que está escrito: ‘La piedra que los arquitectos rechazaron, esta es la que se ha convertido en piedra angular’? ¹⁸Todo el que caiga sobre esta piedra será destrozado; y a aquel sobre el que caiga, lo aplastará”.

¹⁹Y **los escribas y los sumos sacerdotes** buscaron echar la mano sobre él en aquella hora, y temieron **al pueblo**, porque sabían que había dicho esta parábola contra ellos.

²⁰Y, estando al acecho, enviaron unos espías fingiendo ser justos, para atraparlo en su palabra, de modo que lo entregaran al poder y a la autoridad del gobernador.

²¹Y lo interrogaron diciendo: “**Maestro**, sabemos que dices y enseñas con rectitud y que no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios según la verdad. ²²¿Nos **está permitido** dar tributo al César, o no?”.

²³Pero, habiendo comprendido su malicia, les dijo: ²⁴“Mostradme un denario: ¿de quién tiene la imagen y la inscripción?”.

Pero ellos dijeron: “Del César”.

²⁵Pero **él** les dijo: “Pues bien, devolved al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”.

²⁶Y no pudieron atraparlo en su palabra delante **del pueblo** y, admirándose de su respuesta, se callaron».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (20,1-8)

- El ministerio de Jesús había comenzado con una serie de disputas con los escribas y fariseos (5,17-6,11) y concluye con varias controversias con los escribas, sumos sacerdotes y saduceos (20,1-21,38). La actividad misionera de los apóstoles suscitará la misma oposición (Hch 3,1-5,42). La proclamación del Evangelio (cf. verbo evangelizar, v. 1) desencadena regularmente olas de hostilidad.

El primer versículo refleja tanto el estilo como las intenciones de Lucas. La expresión «y sucedió» es característica de un nuevo incidente en la vida de Jesús. Él prosigue la enseñanza comenzada en Galilea (4,15.30; 5,17) y continuada en Judea (19,45). El Templo proporciona una connotación particular a lo que el Maestro tiene que decir. Lucas sugiere una continuidad del mensaje bíblico, una interpretación legítima de los escritos sagrados y una realización de las instituciones de Israel de acuerdo con la intención divina y la aproximación del reino de Dios.

Se levantan entonces contra Jesús y su proyecto los representantes oficiales del judaísmo; los tres grupos son designados con exactitud. Tal era la composición del Gran Sanedrín. Esta delegación oficial plantea a Jesús una pregunta. La enseñanza del Maestro en el Templo quedará interrumpida por tales cuestiones hasta tal punto que se ha podido hablar del «día de las preguntas».

- V. 2: La pregunta se refiere a la *exousía* de Jesús. El término designa en griego *la libertad otorgada, la autoridad y el poder*. Se trata aquí de la autoridad religiosa y profética. El reconocimiento del verdadero profeta y la denuncia del falso acompañaron la vida de Israel desde los tiempos más antiguos. Los criterios de aprobación o de rechazo jamás fueron de tipo objetivo y racional, y solo pueden pertenecer al orden de los signos aceptados por la fe. Tal signo puede ser bien el contenido del mensaje (había que desconfiar de los profetas que anunciaban felicidad y paz), o bien la actitud moral del mensajero (un argumento que continúa en la época de los primeros cristianos). En este marco profético y didáctico, la autoridad de Jesús supuso a menudo un problema, por lo que distintas tradiciones neotestamentarias han guardado el recuerdo de tales debates. Más aún que los sinópticos, el Evangelio de Juan se preocupó por la cuestión de la autoridad de Jesús.

- Vv. 3-4: Los evangelistas guardaron el recuerdo de un Jesús que se negó a responder directamente y optó por la táctica de la contra-pregunta. Este procedimiento suprime el efecto sorpresa y permite no descubrir enseguida las intenciones propias. Lejos de ser mal visto,

estuvo considerado como legítimo y hasta honorable en las corporaciones de rabinos y filósofos.

Jesús plantea una cuestión. Se refiere a Juan Bautista, cuya actividad no se había desarrollado por cierto en Jerusalén y pertenecía al pasado. Tal referencia a Juan no resulta sorprendente en labios de Jesús. Este recuerda sus principios tras las huellas del Bautista, así como la importancia de su propio bautismo.

.- Vv. 5-6: El desconcierto de los tres grupos indica que el Sanedrín se ha cerrado a las intervenciones de Dios en favor de su pueblo, o ha demostrado su cobardía al manifestar un temor hacia «todo el pueblo» (que había comprendido y admitido sin reserva la validez del ministerio profético de Juan). Lucas va más lejos que Marcos: imagina que el pueblo llegaría hasta lapidar al Sanedrín, lo que se apoya más en su imaginación novelesca que en la verosimilitud legal o histórica.

El verbo usado por Lucas para describir las elucubraciones de las autoridades no habla de una discusión más o menos vehemente, sino del *reflejo de un cálculo*, de cuentas mentales, de un raciocinio bien trabado, de una reflexión ponderada. El verbo tiene una connotación filosófica (que hemos heredado denominándola «*silogismo*»).

.- Vv. 7-8: Lucas no dice si los adversarios de Jesús eran honestos o no. Considera sin duda que no lo eran. Si hubieran querido aceptar correr el riesgo de ser honestos y reconocer los signos de Juan Bautista, se habrían atrevido a suponer -según el evangelista- lo siguiente: a) que conocían el origen de la autoridad del Bautista, y b) que la situaban en el cielo, cerca de Dios. Nada hay de extraño, pues, en que haya hecho decir a Jesús que, si se negaba a responder, era por no haber recibido la respuesta que esperaba.

Reencontramos finalmente en labios de Jesús la expresión utilizada al principio por sus interlocutores: el *hago estas cosas* del v. 8 repite el *haces estas cosas* del v. 2. En el contexto de los capítulos 19 y 20, «estas cosas» se refieren a *los gestos simbólicos* de la entrada en Jerusalén y, sobre todo, a la expulsión de los vendedores del Templo. Pero estos signos son para Lucas solo los últimos -posiblemente los más ambiciosos y sorprendentes- de una larga serie de signos y declaraciones. En la oración que Jesús dirigía al Padre se mencionaba también un «estas cosas», formulación precisa y vaga al mismo tiempo (10,21). Por un lado, Dios, el Padre, «según su gusto», «por su deseo», revela «estas cosas», es decir su proyecto de salvación, por medio de su Hijo, a los pequeños, es decir, a su pueblo. Por otro, Jesús, el Hijo, en nombre de su Padre, cumple «estas cosas», es decir, los signos que se refieren al proyecto de salvación. Para Lucas, esta complementariedad del proyecto del Padre y de la realización de tal proyecto por el Hijo son los que dan fuerza a la fe cristiana. Pero suscita la oposición de los que ven que el designio de Dios se enmarca en otras realizaciones y se realiza por otras mediaciones, la Ley o el Templo principalmente.

SEGUNDA UNIDAD (20,9-19)

.- V. 9: Un hombre, un «propietario», plantó una viña. El cultivo de la viña difería del cultivo del trigo o del olivar, pues exigía cuidados particulares. A veces se rodeaba al viñedo de un muro, se le equipaba con un pozo o una cisterna, y podía contener también un cobertizo para los utensilios de labranza. La vid prospera en terrenos pedregosos y reclama poca agua. El cultivo es ingrato durante los primeros tiempos, porque hay que esperar al cuarto o al quinto año antes de poder vendimiar. Sabemos que hombres de negocios instalados en la ciudad solían adquirirlas y las daban en arrendamiento. Nos son incluso conocidas las condiciones de tales contratos. Los granjeros podían pagar el alquiler de la viña en especie o en metálico. No hay nada sorprendente en el comienzo del relato parabólico. La situación es plausible y los oyentes

se sienten bien con ella.

Hay que saber que, desde el profeta Isaías, la viña podía servir de metáfora. Por ejemplo, podía acudir en auxilio de un poeta enamorado -como es el caso del *Cantar de los cantares*- a la hora de describir a su amada. Podía asimismo permitir al profeta evocar la existencia del pueblo, uno y múltiple. Los manuscritos del mar Muerto han aportado la prueba de que en tiempos de Jesús la viña servía de metáfora para designar al pueblo elegido.

Es impresionante constatar que el verbo «producir», «confiar para un trabajo», «dar en alquiler», usado por los tres evangelios sinópticos, era empleado entonces como término técnico para designar el arrendamiento rústico de un dominio o un viñedo.

La partida del dueño se explica bien, pues se trata de un terrateniente que visita de vez en cuando sus tierras. Sirve también como imagen para describir la situación de Dios, que ha creado el mundo pero aparentemente está ausente de él; o la de Cristo, que ha ascendido a la diestra del Padre y volverá sin duda, pero no se sabe cuándo.

- V. 10: Marcos utilizaba ya el término «momento oportuno» o «tiempo conveniente». Lucas mantiene esta expresión. El vocablo puede referirse a los años necesarios para la producción de los primeros racimos. El dueño espera recibir solamente una parte de los frutos. Sin embargo, le niegan incluso esta parte: el siervo, al que envía, vuelve lleno de golpes y literalmente «vacío». Desde este instante, la historia que era verosímil se vuelve enigmática. Que se nieguen a pagar, puede incluso comprenderse, pero que se machaque a golpes al enviado del dueño sale del marco de la normalidad verosímil. El autor del relato piensa en la suerte que sufren los profetas enviados por Dios.

- Vv. 11-12: El dueño envía de nuevo a otro sirviente. Este segundo siervo no solamente es «golpeado», como el primero, sino también «deshonrado». Lucas no nos precisa la naturaleza de estos ultrajes; en todo caso, debieron de constituir un atentado contra la honorabilidad moral o contra la integridad física del siervo.

La suerte del tercer siervo es peor que la de los dos anteriores: resulta incluso herido. Los golpes que habían alcanzado solo la epidermis de los primeros enviados, penetran aquí en la carne del tercero. El verbo «herir» sugiere la sangre que fluye. Además, el sirviente es «echado», «expulsado».

- V. 13: El «señor de la viña» se pregunta qué va a hacer. Propone entonces enviar un siervo más, a su hijo muy amado. El envío del heredero resulta explicable: el propietario probablemente no tiene tiempo para desplazarse. El hijo podrá hablar con conocimiento de causa y sobre todo con una autoridad legítima. El verbo «respetar» (que significa en primer lugar «volverse hacia sí mismo», y en segunda acepción «reflexionar», «emocionarse», «experimentar un sentimiento de respeto») sorprende, pero de hecho es muy apropiado. Los siervos habían sido despreciados; el hijo, que posee el honor de su padre, debería ser respetado.

- Vv. 14-16a: Se ha intentado suponer que los viñadores obedecían a una lógica jurídica: habrían creído que matando al heredero se convertirían en los propietarios de la hacienda. Por cierto, existía una ley según la cual los que cultivaban tierras eran considerados poseedores legítimos en caso de que el propietario descuidara su hacienda y no se presentara durante tres años. Pero aquí el propietario se preocupa de su viñedo y no está cercano a la muerte. Tal como se cuenta la historia, esta procura subrayar la actitud insensata de los viñadores.

En dos ocasiones (vv. 10-11), los viñadores «reenviaron» a los siervos con las manos vacías. Dos veces también (vv. 12 y 15), «expulsaron» a alguien, al tercer siervo y luego al hijo. En otras palabras, no permiten que el hijo ponga pie en el terreno de su padre, ni que disfrute de

sus derechos de heredero. Va a ser asesinado fuera de la viña. Una razón alegórica explica más bien esta inversión: si la muerte del hijo ha de evocar la crucifixión de Cristo, debe ejecutarse fuera de las murallas de la ciudad santa, fuera por tanto de la viña.

La atención se centra exclusivamente en las relaciones entre el propietario y los viñadores. La historia nada dice de las intervenciones de los siervos, ni de la del hijo. Este en particular parece pasivo: sometido al padre y a la vez entregado a merced de los viñadores.

El texto no habla de los sentimientos del padre, de su pena o de su furor, sino que se concentra exclusivamente en sus actos. Hasta ese momento pasa por impotente, pero se despierta de repente como seguro de sí mismo y dueño de sus decisiones. Toma tres decisiones en total: llegará, matará a los viñadores y volverá a tomar la viña en su poder para ofrecérsela a otros. Que el dueño de la viña tenga derecho de vida y muerte sobre sus arrendatarios no corresponde al derecho judío, griego o romano de la antigüedad. El narrador y sus oyentes navegan aquí en plenas aguas de la alegoría: todo lector cae en la cuenta de que se trata de Dios y de sus juicios.

La noción de «otros» es interesante. Desde el principio del evangelio, Lucas sabe que ninguna ciudad tiene derecho a apropiarse de Jesús. Este se debe también a «otras» ciudades (4,43). A lo largo del evangelio, los «otros» pueden ser los samaritanos, los publicanos o los gentiles. En Hechos, el autor insistirá en esos «otros» que se convierten en los beneficiarios de las promesas y dan prueba de una capacidad superior de escucha (Hch 13,46; 18,6; 28,28). Para Lucas, «otros» son por excelencia los cristianos, sobre todo los que provienen del paganismo. Puesto que aquí se trata de futuros viñadores responsables de la viña, Lucas piensa en particular en los responsables de la Iglesia, los apóstoles, y luego en los pastores de las comunidades.

El relato se para ahí y *no cuenta la ejecución de este proyecto terrible*. El «don» de la viña a otros es expresado por el verbo al que Lucas recurre en otros lugares para mencionar la generosidad de Dios: «dar»; 11,3.9.13; 12,32; 19,13.

.- Vv. 16b-18: A Lucas le gusta introducir diálogos. Aquí imagina una reacción indignada de los oyentes, aunque no precisa quiénes son. Debe de tratarse, en primer lugar, del pueblo, presentado como interlocutor de Jesús en el v. 9. Luego de las autoridades judías que no están lejos (20,1-8) y que, tras la imagen de los viñadores, se sienten evidentemente aludidas. Jesús se enfrenta entonces a ellas con la mirada y con la palabra. Esta palabra es de la Escritura y, como en los momentos decisivos, es la armonía entre el mensaje de las Escrituras y la enseñanza de Jesús la que otorga seguridad a la posición cristiana de Lucas. La Escritura es el v. 22 del Salmo 117 (118). Se trata de un testimonio capital para los primeros cristianos. Este pasaje fue utilizado en primer lugar por fieles de expresión hebreo-araméa ya que se fundamentaba en un juego de palabras entre «hijo» (*bên*) y «piedra» (*'eben*).

Se contemplan dos casos, ambos desastrosos: a) si alguien cae sobre la piedra, esta tendrá la última palabra; b) si la piedra cae sobre alguien, acabará con él también. Toda la frase es enigmática: Lucas no dice que la cita de la Escritura se ha detenido en el versículo precedente, ni tampoco afirma que él es el autor de esta frase de tipo proverbial.

.- V. 19: Lucas termina la perícopa volviendo a Marcos (12,12) y reescribiéndolo a su manera: los dirigentes de los judíos (cf. 19,47-48; 20,1; solo se nombra a los escribas y sumos sacerdotes, no a los ancianos) intentan detener a Jesús. Los jefes no se deciden por temor al pueblo (Lucas sustituye la «muchedumbre» de Marcos por el «pueblo», vocablo que le gusta por su connotación eclesial). Los dirigentes entendieron que la parábola iba destinada a ellos más que al pueblo; se refería a los jefes que no habían cultivado la viña en favor del Señor.

- Desde la entrada de Jesús en el Templo, las autoridades religiosas forman un frente hostil e intentan con sus preguntas hacer fracasar al Maestro. La primera cuestión que plantean es el controvertido problema del impuesto a los romanos (vv. 20-26). Jesús -y Lucas, que defiende su causa- corre un gran riesgo si acepta responder. Aunque el diálogo es breve y la frase final fácil de comprender, la perícopa suscitó interpretaciones contradictorias. Algunos han leído en la respuesta de Jesús una crítica a los celotas, que intentaban establecer o restablecer el poder de Dios mediante su entusiasmo religioso y su violencia hacia los romanos. Otros, por el contrario, han descubierto en ella la opinión de un Jesús contestatario, hostil al poder imperialista de los romanos y severo frente a los colaboracionistas judíos. Otros han visto solo la ironía de Jesús y en ella una hábil negativa a entrar en materia: poco importa, en efecto, el problema de tasas e impuestos cuando se acerca el fin del mundo y el reino de Dios es inminente. Otros, finalmente, han visto en la perícopa una estructura teológica que contrapone el poder político a la autoridad de Dios.

- V. 20: Lucas introduce el tema con brillantez. Frente a Jesús hay gente, «los escribas y los sumos sacerdotes» que «observan», «vigilan», «informan» y «espían» a Jesús. Lo hacen a distancia, recurriendo a «agentes», «informadores», «soplones». Estos se atreven a llegar hasta Jesús. Lucas prepara aquí el prendimiento y anuncia la comparecencia de Jesús ante el gobernador romano. Las palabras «poder y autoridad» anticipan la terrible expresión del Monte de los Olivos: «Es su hora y la del poder de las tinieblas» (22,53).

- Vv. 21-22: Sin el v. 20, la *captatio benevolentiae* del v. 21 parecería sincera. De hecho, el halago hipócrita rebosa verdad. Jesús es un «maestro» que «enseña» «con rectitud» y «según la verdad» «el camino de Dios» «sin hacer acepción de personas». ¿Hay definición más perfecta del ministerio de Jesús? Esta descripción proclama sobre todo la verdad de Cristo: Jesús ha revelado «el proyecto de Dios» y el movimiento religioso nacido de su enseñanza representa «el camino de Dios».

En un contexto hebreo, la expresión «es lícito» se refiere a la autoridad de la Ley. Si se plantea la cuestión, es que los mandamientos divinos callan sobre este tema o se expresan de modo ambiguo. El término *Kaisar* a partir de Augusto pasó de ser un nombre propio (el *cognomen*, o nombre de Julio César) a ser un título honorífico. Todos comprenden que se trata del emperador romano. Donde Marcos y Mateo recurren al término latino *census* («impuesto»), Lucas prefiere el vocablo *foros*, que indica un impuesto debido a una potencia extranjera, un «tributo». El término designa el «tributo» que un país ocupado debía pagar a la potencia ocupante.

- Vv. 23-24: Lucas mantiene el clima polémico de la escena. Como narrador omnisciente, sabe y afirma que Jesús cae en la cuenta de la malicia de sus interlocutores por lo que pide que se le presente un denario. Circulaban entonces en Israel muchas clases de monedas. Los habitantes de Judea utilizaban de buena gana el *shekel* de Tiro. El Jesús de los evangelios canónicos pide un «denario» porque sabe que los romanos exigían que se pagara el impuesto en moneda romana. El denario de la época era una moneda de plata. Aunque los emitidos en honor de Augusto circulaban todavía, los acuñados en Lyon durante un cuarto de siglo con la efigie de Tiberio eran los más corrientes. Mientras que en la cara de la moneda figuraba la imagen de Tiberio, de perfil, con la inscripción (TI CAESAR DIVI AUG F AUGUSTUS = *Tiberius Caesar divi Augusti filius Augustus*: «Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto»), en la cruz había una mujer sentada en un trono, que representaba sin duda a Livia como la *Pax*, con la abreviatura «sumo pontífice», referida siempre al emperador (*pontifex maximus*, abreviado como *PONTIF MAXIM*). Los interlocutores, por muy lerdos que fueran, no dejan de percibir lo evidente:

responden con una sola palabra: se trata del «César».

- V. 25: «Pues bien, devolved al César lo que es del César...». ¿Por qué hay que «devolver» más bien que «dar»? La moneda romana significaba que el orden del Imperio tenía sus ventajas. La circulación de este dinero iba a la par con una cierta estabilidad económica y una cierta paz política. La autoridad romana procuraba convencer a sus súbditos de las ventajas de un espinazo doblegado. El Jesús de Lucas no lo negaría. Puede también que este verbo «devolver» tuviera una función inversa: ¡Devolvedle sus monedas y estaremos en paz! Si la primera interpretación subraya la integración del hablante en el sistema romano, la segunda sugiere el deseo de cierta distancia. La ambigüedad misma de este verbo está en la base de las interpretaciones contradictorias. Antes de intentar eliminar esta ambigüedad, digamos primero que Jesús provocó la admiración de sus oyentes y después la de sus discípulos. Por su respuesta, destinada a convertirse en proverbial, salió admirablemente de un mal paso. Si hubiera respondido «no» a la pregunta, habría aceptado la posición de los celotas adversarios de los romanos. De haber respondido «sí», habría aparecido si no como un colaborador, al menos como un conformista incapaz de inflamar el entusiasmo religioso de sus compatriotas. El orden de las palabras merece también atención: la frase culmina al final con *y a Dios lo que es de Dios*. Esto es lo esencial, según el movimiento de la frase: devolver a Dios lo que es de él. En efecto, Dios debe ser servido el primero; a él sean el honor y la fidelidad. Los primeros escritos cristianos (1Co 7,33-34) hablan de «los asuntos/cosas del Señor», oponiéndolos a «los asuntos/cosas del mundo». Lc 16,13 contrapone la obediencia a Dios a cualquier otra obligación. Aquí, por el contrario, la frase evangélica articula el servicio de Dios sobre la realidad de las redes y de las cargas sociales.

- V. 26: Los interlocutores habrían deseado atrapar a Jesús, pero la sutileza de la respuesta que este les da lo protegió de quedar enredado en sus propias palabras. Lucas, que se pone sin vacilar de lado de Jesús, señala con gusto la impotencia («no pudieron») de aquellos a los que ha descalificado desde el principio. La conclusión del episodio subraya el triunfo de Jesús: reducidos al silencio, sus adversarios se ven incluso forzados a admirar la respuesta del Maestro.